

# El Obrero Balear

Organo de la Agrupación Socialista.—Defensor de la clase obrera

NÚMERO SUELTO, 5 CENTS.

APARECE LOS VIERNES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILA, 5

**Preios de suscripción:** En Palma 0'25 ptas. al mes—fuera de la capital 1'00 pta. trimestre.—Extranjero 5'00 ptas. año.—Paquete de 30 números, 1'00 pta.

AÑO XVIII NUM. 806  
Palma de Mallorca 20 de Julio de 1917

Toda la correspondencia de Redacción dirijase a *Jaime Riera Albertí* y la de Administración a *Bartolomé Lladrós*.  
—No se devuelven originales publicados y no publicados.

## AVISO

Suplicamos a todos los suscriptores, paqueteros y corresponsales se pongan al corriente de pago o de lo contrario suspenderemos el envío de periódicos.

LA ADMINISTRACIÓN

## Momento actual

Lo que se nos deja decir

Dato todavía gobierna a pesar de que en todo el país sigue igual.

La tranquilidad es absoluta en toda España y la censura sigue con todos sus perjuicios, y el pueblo está sin libertades y sin camisa.

Dato nos manifiesta por medio de la prensa diaria que la infanta Isabel marchó a Zaragoza y los reyes emprenderán un viaje a San Sebastián.

Dato que constará en historia en el día de mañana será el siguiente: que un gobierno dirigido por un señor Dato, en momentos que todo era paz y armonía, se atrevió un tal Cambó, darle la solución de ciertas manías que tenían buen número de diputados de la Nación. Y por no quedar el poder público por los suelos aun que en verdad fuese así, censuró el artículo que resolvía estos pormenores.

Dato vuelve a repetir que la tranquilidad es completa, y nosotros lo creemos a pesar que en esta última semana se han suspendido, no sabemos tampoco porque, una multitud de periódicos, entre ellos «La Publicidad», «La Veu de Catalunya», y recojidas otras tantas publicaciones catalanas.

Dato no es tan arbitrario como muchos suponen, a pesar de la previa censura, por conducto del Gobernador Civil de Barcelona señor Matos ha dejado publicar lo siguiente: han llegado en aquella capital los regimientos de Galicia, Wad-Ras y Covadonga y la del crucero «Reina Regente», sin saber nosotros si tiene que celebrarse alguna revista, lo publicamos por no saber que decir.

Para terminar, imitaremos la pregunta que se hacía el otro día un periódico del continente «¿Qué pasa?» ya contestará el que quiera que nosotros no nos atrevemos porque a la hora de cerrar este número todavía no ha llegado el 19, la semana siguiente ya sabremos algo, y si hay algún impaciente que se vaya a Barcelona, que allí el calor no es tan sofocante como en esta.

## Murmúrio

Nos adherimos

«El País» propone una huelga de periódicos como protesta contra la previa censura. Nosotros muy conformes con la proposición, por creer que la situación es insopórtable.

La primera semana de censura ya indicamos esta necesidad; para servir de portavoz al Gobierno, preferible es desaparecer por un momento, y si necesidad tenemos para no perder el contacto con el pueblo, otros sistemas existen y los pondríamos en práctica.

En Rusia antes de derribar el zarismo la prensa pasaba por estas mismas vicisitudes; bastaba un pequeño requerimiento de la autoridad, para que el periódico que creía cumplir su deber haciendo pública la verdad, tenía que hacer como nosotros ahora: publicar lo que quería el propio gobierno. ¿Dejaba el pueblo de saber lo que arbitrariamente se le ocultaba? No. ¿Cómo se arreglaban? no hay necesidad de decirlo.

Todos los periódicos de España son en la actualidad ministeriales y para continuar siendo preferible es romper, sea como sea.

## Leed

## y difundid

## «El Obrero Balear»

## A los 3 años de guerra

Pocas semanas faltan para que se cumpla el tercer aniversario de la guerra.

En ese espacio de tiempo la Humanidad

ha escrito las páginas más bárbaras y odiosas de su Historia. Empujada por el capitalismo, está empeñada en una lucha fratricida.

Jamás hubo guerra en la que tan despiadadamente se condujeran los hombres.

Observad los resultados de la trágica guerra:

Según cuentas, nada exageradas, se calcula que los muertos y heridos en el trienio por efecto de la lucha ascienden a 24 millones.

De ellos, ¡7.000.000 muertos!

Si todos fueran exhumados al mismo tiempo, el cortejo fúnebre ocuparía una línea que comprendería desde París a Wladivostok, el conocido puerto ruso del Asia.

Los hombres que han quedado inútiles suman 5.000.000. Si todos estos cojos, mancos, ciegos, etc., fueren congregados en España, formarían una masa de población masculina superior a la que tenemos hoy de hombres útiles.

A estas pérdidas de hombres hay que agregar la infinidad que por efecto de la guerra quedarán enfermos. Todos los médicos aseguran que gran número de los que ahora luchan en las trincheras y parecen sanos, en cuanto cese la tensión en que ahora viven, sufrirán tales trastornos nerviosos que les incapacitarán para toda labor útil.

Muchos de ellos ganarán perdiendo la vida.

También debe sumarse a esta lista de bajas los muchos seres—infantes especialmente—que fallecen a consecuencia de las condiciones originadas por la guerra (insuficiencia de alimentación en particular).

Calculase que la disminución de natalidad supone una resta de 9.000.000 de seres humanos.

Y a la guerra no se la ve el final.

ANTI-CLERICALISMO EN ACCIÓN

## Matrimonio civil

Ante el Juez del distrito de la Lonja don Juan Ginard, han contraído matrimonio civil nuestro estimado Director compañero Jaime Riera Albertí, con la simpática señorita Margarita Ribé Asencio, como testigos actuaron los señores Jaime Albertí, Andrés Campins, Bernardo Galmés y Antonio Adrover;

Ambos contrayentes están animadísimos y convencidos del acto que han celebrado, demostrando a estos anti-clericales color violeta, que no son palabras lo que tiene que derrum-

bar los prejuicios religiosos sostenedores de falsas creencias, la acción, estos actos son los que hieren en el corazón de la negra oligarquía y si todos los que se llaman despreocupados en esa materia obrasen así, pronto veríamos rugir la fiera embrutecedora.

La Juventud Socialista Palmesana está de enhorabuena; el primer de sus afiliados, que ha contraído matrimonio desde su fundación lo ha hecho muy bien. Sabemos que pronto otros afiliados imitarán a los contrayentes.

En el acto asistió bastante concurrencia.

Por nuestra parte le felicitamos, haciendo votos para que en su nueva vida procuren dar luz y ejemplo a muchos que en días no lejanos imitarán sus buenos pasos.

Que cunde el ejemplo.

## LA VOZ DEL PUEBLO

# Como vive Pablo Iglesias

### La casa

Frente a la puerta del piso, un perchero. Un largo corredor conduce a las habitaciones interiores. A nuestra izquierda se abre la puerta del comedor, habitación holgada, con dos balcones a la calle, por donde se filtra el sol. Nos detenemos ante una puerta pequeña.

—¿Se puede?

—Adelante.

—Avanzamos un paso. He aquí el despacho: pequeño, estrechito, con una mesa de las llamadas de «ministro», vieja, limpia. Está barnizada de claro; pero el tiempo ha oscurecido la madera.

Nadie hay allí. Se abre un momento la puerta de cristales que cierra la alcoba. Vemos la blanca cubierta del lecho, la albura de las paredes y una sombra que se interpone nos hace alzar la cabeza, al mismo tiempo que nuestra diestra busca la que se extiende cordial. Estamos delante de don Pablo Iglesias.

Hay una pausa corta; se nos ofrece un sillón de junco, que cambiamos por una silla modesta, y obligamos a nuestro interlocutor, enfermo y achacoso, a que ocupe aquel asiento más cómodo.

Aprovecho el instante aquel para curiosar el cuarto de trabajo del líder del Socialismo. El tablero de la mesa desaparece debajo de montones de libros y folletos apilados; sólo queda un hueco donde escribir. Hacen más reducida la habitación tres altos estantes cubiertos de libros, en su mayoría sin encuadernar. Dos sillas, unos cuantos retratos familiares, un almanaque, y todo con la pátina del tiempo y el sello que denuncia manos hacendosas con rito de limpieza y orden.

### El hombre

Muchas veces hemos visto a don Pablo Iglesias. En el Congreso, en el mitin, en la calle, los días de elecciones. Siempre como en visión cinematográfica y en toda ocasión rodeado de obreros ancianos, y precedido y con escolta de muchachos, cuyos trajes decían de su condición humilde, que gritaban con entusiasmo nacido del corazón: ¡Viva Pablo Iglesias!

Ahora, de cerca, no podemos reprimir la emoción. El viejo luchador de recia compleción, de estatura aventajada, lleva mucho tiempo en lucha con años y achaques que nada

han podido aún contra la naturaleza de titán. Pero el combate es rudo, y ya que no el vencimiento, el cansancio atenaza al ilustre representante de la protesta.

Para ilustrar el diálogo, decimos al señor Iglesias:

—Esa cara tiene muy buen aspecto.

—Buena cara pero malos hechos...

—No lo parece...

No lo parece, pero es. Llevo unos días enfermo otra vez. Apenas si puedo tenerme en pie. Los médicos me han prohibido trabajar...

—Siento haber llegado en tal momento...

—Nada de eso. Hablaremos cuanto usted quiera; que yo, enfermo y todo, soy fuerte y voluntad...

Voluntad y fuerza: esas son las características del hombre que ha logrado cautivarnos a las primeras palabras. Con una sonrisa agradecemos su cortesía. Don Pablo Iglesias, aunque atormentado por dolores y desmayos de la carne, lleva con altanería sus años, que no se perdieron en ociosos pasatiempos.

Sobre su cerebro, la llamarada de sus cabellos largos, echados hacia atrás, tienen claridad de nieve. Su bigote nítido y la albura de la barba contribuyen a prestar color a las mejillas y la frente, que tienen numerosos surcos: arrugas de insomnios, privaciones, trabajos y esfuerzo mental, puestos al servicio de una idea levantada. Arrugas que labraron los años, huellas que son la coronación de una vida que fué trabajo.

—¿Trabajo? Vayamos a cuentas. A los diecinueve años comenzó el señor Iglesias su tarea de propagandista. No ha cesado ya un sólo día en su campaña societaria. Tiene ahora sesenta y nueve años.

—¿Cuántas conferencias, cuantos discursos, en cuantos actos de propaganda ha intervenido usted?

El señor Iglesias nos mira con asombro. Cincuenta años de escribir y perorar, ¿cómo calcular el esfuerzo?

—¿Ha estado usted muchas veces en la cárcel?

Asoma la tristeza de una sonrisa a sus labios descoloridos.

—Muchas...

—¿Muchas?...

Muchas... He conocido el antiguo Saladero. Fué el año 1883. La primera vez que pisé los umbrales de la cárcel. La última, en tiempos de Maura y La Cierva, cuando Barcelona ardía en aquella semana que ha pasado a la Historia con el apelativo de «trágica»; pero para decirle el número exacto de veces en que fuí arrestado sería necesario un esfuerzo grande de memoria y buscar periódicos, y aun así puede que no recordase con exactitud la cifra.

—La propaganda de las ocho horas de trabajo, del descanso dominical y del mejoramiento de jornales...

—¡Las ocho horas de trabajo! ¡El descanso dominical!...

—Antes de caer enfermo, con excepción de esta época de dolencia, ¿qué vida ha hecho usted?

Se encoge de hombros el señor Iglesias.

—No me gusta hablar de mí...

—Pues calle y límitese a decir que sí o que no con movimientos de cabeza. Yo he hablado de usted muchas veces, y tengo que reprocharle la falta de correspondencia entre lo que predicó siempre y lo que hace. Así, por ejemplo, tengo entendido que antes de su enfermedad

se levantaba en todo tiempo a las siete de la mañana.

—Y me sigo levantando.

—Que muchos días, bastantes semanas, algunos meses no salió de su domicilio...

—Ni de esta habitación en que nos encontramos.

—Y que más de una vez las agujas de los relojes señalaban las tres de la mañana antes de que volviera usted al lecho.

—Más de una vez, no. Porque eso equivaldría a lo excepcional. Casi nunca me acosté antes de las tres, y no pocos días a las cuatro, y aun hoy, aunque los médicos no me permiten que trabaje después de media noche, ¡pero queda tanto por hacer!...

—Y los domingos, ¿descansa usted, sale al campo, se dedica usted a algún ejercicio agitado, concurre a los teatros, tiene usted tertulia, dedica, en fin, algún rato a distraer su inteligencia fatigada?

—Desde mozo he tenido dos grandes aficiones: el teatro y el libro. Por el teatro tenía un amor muy grande. No conozco a ninguno de los artistas contemporáneos. Sólo en contadísimas ocasiones, en algún homenaje a don Benito Pérez Galdós, he visitado los teatros. Cuando he tenido algún dinero adquirí libros; pero tampoco pude dedicarme a esa pasión favorita. Por eso no soy culto. Soy hombre de taller, un producto del medio humildísimo en que empecé a desarrollarme. Me educé en el hospicio, estuve en el hospital, conozco la cárcel, y luego, en la lucha por mis ideales en el taller, no tuve tiempo para estudiar cuanto apetecía mi espíritu. A nadie ha de extrañar, conocidos mis antecedentes, que yo ponga tanto fuego en mis predicaciones ni que mi voz tenga rudeza. Soy la protesta recogida de hospicios, talleres, cárceles y hospitales, donde la felicidad no tuvo nunca asiento...

### Los ideales

—Hemos llegado al punto que yo deseaba, señor Iglesias, y de nuevo le pido perdón por tanta molestia. Visito estos días a los hombres «representativos» para obtener de ellos, en beneficio de los lectores de «El Liberal», el fruto de su experiencia, que puede ser las enseñanzas del mañana.

No buscó en sus palabras la concreción de un juicio acerca de los últimos sucesos de España. Fuera en mi ridícula la pretensión, inoportuno el momento y ociosa la tarea. No; lo que yo quiero es que, en términos generales, mejor dicho, absolutos, me diga usted cuál es el sentir de los socialistas de todo el mundo, y al mismo tiempo, las aspiraciones de los obreros asociados que no han vinculado su nombre a ninguna política.

—¿Una conferencia?

—Exactamente; una conferencia que en lugar de desarrollarla ante varios millares de trabajadores, la expone usted ante este obrero de la pluma, que luego se esforzará en redactarla para los muchos millares de lectores de «El Liberal». No es lícito hablar de nada que afecte a nuestro país, y con tan radicales medidas los periódicos languidecerían. Pero es lícito, en el terreno de las ideas, en las serenas regiones del ideal, discurrir sin la pasión de la controversia ni la ira del ataque.

—Tiene usted razón. España es un país pequeño. Las ideas no tienen fronteras. Y a manera de un paréntesis en la labor de propaganda, de una tregua en la lucha, de un oasis del camino, se puede hablar con latitud de todo, porque no se va contra nada.

—Exactamente.

El señor Iglesias calla. Respira con fuerza, como si quisiera vencer el cansancio que le produce la conversación, y queda meditabundo. Su cabeza se inclina sobre el pecho, pero se yergue en seguida y se oye su voz, no como antaño, con sonido de clarín y acento de aspereza, sino dulce, atenorada, como el eco de un lamento, con humedad de lágrimas.

Y así habló el venerable propagandista de blanca barba y de ojos azules, que tienen reflejos acerados:

—Los obreros de todos los países han visto ya claro. Saben, por lo tanto, después de muchos años de persecuciones y de luchas con poco fruto, en qué ambiente tan sólo pueden fructificar bien sus ideales. Del convencimiento han sacado fuerzas; de la triste experiencia, energía, y al hallarse en la bifurcación de caminos enderezan sus pasos por el único a cuyo término está el mejoramiento rápido de sus condiciones de vida.

La fe en su acción les alienta en la marcha y el triunfo soñado les hace desdeñar los riesgos.

La experiencia y contacto con la realidad les ha limado de estridencias. Los obreros acarician hoy aspiraciones que pueden convivir con regímenes políticos burgueses. Me refiero, claro es, tan sólo a aquellos que no fracasaron una y otra y otra vez, hasta el punto de hacerse incompatibles con los países en que regían.

Así ha ocurrido en Portugal y en Rusia. El fracaso del régimen monárquico lo fué antes de los partidos que turnaban, y cuando quiso intentarse una solución tardía, un Gobierno nacional dentro de dicho régimen, vióse que el país se pronunciaba en masa contra todo lo que era caduco.

...Los obreros han visto ya claro. Sus ideas pueden desarrollarse dentro de un régimen cuya historia tenga todavía las hojas en blanco. Queremos que el fabricante viva sus negocios con prosperidad. A mayor ganancia suya corresponderá la ampliación del negocio y, por ende, se ocuparán más brazos, se trabajarán menos horas y se mejorarán los jornales.

Deseamos que la escuela, el Instituto y la Universidad alcancen su desarrollo máximo. La mayor cultura es mayor riqueza. El obrero que es culto, propende a la cortesía, tiene mayor reflexión. El patrono ha de salir ganancioso con ello. Porque en el choque de dos aceros, la seda de la educación evita la chispa. Mientras los tiempos, con sus enseñanzas y cambios, no impongan otras costumbres, aspiramos a mantener buenas relaciones con el ejército, a dedicar atención preferente a todas las necesidades de defensa del país, pero sin caer en el peligro de que se nos pueda tildar de militaristas. Como nuestras aspiraciones benefician al interés nacional, no tenemos reparo hoy en buscar el contacto con los pequeños burgueses y hasta con los grandes que no viven en un régimen de privilegio.

En la mayoría de las naciones modernas existen escritas en sus Constituciones todas las libertades necesarias para la vida regular de los humildes; pero la práctica demuestra en algunas la falta de sinceridad de lo otorgado.

Leyes de Asociación, de reunión, de libre emisión del pensamiento, etc., etc., son comunes a todos los países. ¿En cuántos funcionan con entera normalidad?

Y aun en circunstancias normales, con excepción de los grandes urbes, ¿dónde pueden los obreros constituirse en Sociedades de resistencia o en Agrupaciones socialistas sin que

sean perseguidos y acorralados los que llevaron la voz cantante.

Cuando en un país se alzan voces de protesta que queda en definitiva?

Si gritan los que se creen preteridos, sólo obtienen alguna reivindicación los que por su fuerza pueden constituir un peligro. Y callados los poderosos, el pavor pone silencio en las otras protestas que no tuvieron fuerza para hacer valer sus pretensiones. Todas las protestas de la burguesía se reducen a voceríos inarmónicos. Sólo hay una labor seria, persistente, tenaz y decidida; la de los obreros. Cuando éstos se convencen de que dentro de un régimen determinado no hay esperanzas de redención, saben luchar para que se venga abajo la muralla que hace de dique. Su labor es seria, y la que, en definitiva, será más eficaz. Porque no los guía ningún pequeño móvil ni tienen puestos sus ojos en ningún empleo, y la experiencia y la disciplina les han enseñado que su fuerza está en su moral. Cuando trabajan por su mejoramiento, la boran por la patria. Y así acuden a los comicios y defienden la pureza del sufragio y dan ejemplo de civismo. El triunfo no les hace olvidar el taller; al cual vuelven al siguiente día. Son ciudadanos conscientes. Sabrán ser héroes y mártires, si el deber les señala esta ruta. Esa conducta debieran seguir los elementos burgueses cuando se sienten lastimados.

Así son en todo el mundo civilizado los socialistas y los obreros asociados. Tengamos fe en ellos, y que su ejemplo nos dé la virtud de convertirnos en buenos ciudadanos que sientan las tristezas de su país y no titubeen en ser médicos y practicantes, si hay que operar al cuerpo enfermo...

En cuanto a España, el problema ofrece características singulares...

Interrumpo al Sr. Iglesias:

—Perdone usted, D. Pablo. Si hablamos de España, necesariamente habríamos de infringir lo preceptuado por la censura.

—Es que...

—No se canse usted, Sr. Iglesias; yo no quiero hacer labor sectaria en esta información, en la que sólo aspiro a ser un poco ameno. Política, no. Los momentos son difíciles y toda omisión en este sentido es laudable. Puntó en boca.

Y así finalizó mi entrevista con el venerable líder del socialismo español, para cuya bondad no encuentro palabras bastante expresivas que den idea de mi gratitud.

J. Larios de Medrano

(De «El Liberal»).

## El proceso Galmés

A nuestro compañero Bernardo Galmés, le ha sido notificado que será juzgado por un consejo de guerra.

Dicho compañero ha nombrado defensor al primer teniente de la Comandancia de Artillería D. Luis Cerdó Pujol.

No se sabe todavía de que se le acusa.

## EL CULPABLE

Pasó un hombre y el pueblo gritó contra él: era el verdugo.

Pasó otro, y el pueblo descubrióse respetuosamente: era el juez.

—¿Por qué me despreciáis?—preguntó el primero.

—Porque matas—contestó el pueblo.

Y el verdugo dijo:

—Yo ejecuto una sentencia del juez. En todo caso, es a él a quien debéis despreciar.

El juez objetó:

—Si no hubiera leyes que condenan, yo no dictaría sentencias; por lo tanto, a la ley es a quien debéis despreciar.

Entonces habló la ley:

—Si vosotros no me hubiérais confeccionado yo no existiría; no la emprendáis, pues, conmigo; acusaos a vosotros mismos, que me habéis dado la vida.

Y el pueblo se retiró calladito, pensando que, a la postre, él era el único culpable; porque el verdugo era un instrumento del juez, el juez un instrumento de la ley y la ley un instrumento del pueblo.

## Entre patronos y obreros

En las obras que se están haciendo para la nueva fábrica de luz eléctrica, fueron despedidos por uno de los maestros, dos obreros albañiles, Rafael Perez y Juan Mulet, ambos compañeros nuestros y conscientes por tanto de sus deberes y derechos.

Nombrada por este Centro una Comisión para reclamar del maestro señor Planici la reposición o abono del importe de jornales correspondientes a una semana según es de justicia, los compañeros Bartolomé Llabrés y Feniba, debidamente autorizados, se entrevistaron con el maestro, haciendo las gestiones necesarias cerca de éste y del Ingeniero de la fábrica, sin cuya autorización no quería resolver el maestro Planici. Como resultado nuestros compañeros comisionados han logrado sean abonadas 15 pesetas a R. Perez y 12 a Mulet, llevándose una buena impresión de la cortesía y caballerosidad del Ingeniero Sr. Laerdi que ha sabido reconocer se cometió una arbitrariedad al despedir a los operarios antedichos, porque se hizo obedeciendo a la presión de cierto individuo de nacionalidad italiana que figura como maestro o cosa así, con un enorme sueldo, pero que no simpatiza con los obreros asociados y según informes llegados hasta nosotros, no tan sólo desatiende por completo el guardar los merecimientos a que los obreros tienen derecho perfecto, escatimando cuanto puede los jornales, si que también ha hecho manifestaciones despreciativas del trabajador español sin recatarse, todo lo cual, unido a otras muchas audacias en su conducta para con los obreros, ha dado lugar un día de la anterior semana a que se retirasen del trabajo todos los que se hallaban a las órdenes suyas porque quería hacerles firmar una hoja redactada en idioma extranjero y que contenía cláusulas inaceptables para el trabajador.

Una vez más protestamos de estos modernos sultanes del trabajo y nos creemos en el deber de aconsejar al obrero la asociación en resistencia como único medio de hacer respetar sus intereses.

Lamentamos también la frecuencia con que se vienen repitiendo como el que nos ocupa tan fáciles de evitar con solo atender los patronos cuando despiden a un obrero o avisarle con una semana de anticipación o entregarle el importe de una semana si no quieren conservarle en el taller este tiempo.

Feniba

## En la Fábrica de Electricidad

Un joven muerto.—El asunto ante los tribunales.— Los obreros abandonan el trabajo.

Prometimos en el número pasado enterar a nuestros lectores del fatal accidente sucedido

